

Señora de la Concepcion; el de la Santa Vera Cruz; el de el Smo. Christo de Guerreros. Tiene esta Ciudad quatro Parrochias; la Mayor; la de S. Joseph, Administracion de Clerigos á Indios; la de Tlacuitlapan, Administracion de Religiosos Franciscanos á Indios, Españoles y Mulatos; la del Chepinque, Administracion de Religiosos Augustinos á Indios. Estase Entendiendo en la fábrica de una nueva Parrochia, en el Barrio Nuevo, con el título de S. Phelipe Neri, de mandato del Illmo. Sr. Dr. D. Nicolas Carlos Gomez de Cervantes, para que la muchísima gente, que en él se ha avezindado, consiga con más promptitud el espiritual pasto. Tienen de Capellanías, que al presente poseen sus Clérigos habitantes, doscientos y dos mil, setecientos y quarenta pesos; sin que en estas se comprendan las que la Mitra tiene dadas á diferentes sujetos, assi en propiedad como en interin. Tiene de dotacion seis Huérfanas en su Parrochia, Convento de Sto. Domingo, y Colegio de la Compañia de Jesús. Todos estos Conventos y Templos ostentan, con la Parrochial, todos los años repetidísimas funciones, con todo aparato de riqueza, y luzes; pues tienen el adorno correspondiente, sin necesitarse los unos á los otros. La Archicofradia del Smo. Sacramento, gasta, en las que se le ofrecen al año, á lo menos dos mil pesos; y del Smo. Christo más de dos mil, y quinientos

Recapitulando ahora todo lo contenido en aquella memoria, publicada en México el año de 1732, se viene en conocimiento de que hace más de un siglo Zacatecas era en magnificencia y esplendor muy superior á la Zacatecas actual, por sus edificios públicos, especialmente los templos, que eran en mayor número, sin hablar de los Conventos, que ya no existen; por su poblacion, cuyo censo debe calcularse según el número de parroquias establecidas en aquella época para la buena administracion de los Sacramentos; por el número de eclesiásticos, que entre Zacatecas y Guadalupe llegaba al de ciento setenta y tres, equivalente

á las dos terceras partes del clero esparcido hoy en todo el Obispado; por su riqueza, no solo en plata labrada y alhajas, que ya no existen, sinc tambien en numerario circulante, aun eventual, representando sumas cincuenta, ó quizás cien veces mayores que las mezquinas cuestaciones actuales que se hacen en toda la Diócesis, y así comparativamente de todo lo demás, pudiendo asegurarse que hoy por hoy, apesar de cuanto digan las Memorias administrativas de los Gobiernos antiguos y modernos del Estado respecto á los adelantos materiales, sin hablar de lo social y moral, hemos descendido al último escalón de la decadencia más acentuada.

Desde 1758, en que se celebró en Zacatecas el Patronato de la Sma. Virgen de Guadalupe, como queda dicho, transcurrió un lapso de tiempo lleno de acontecimientos de sensación en que, á vueltas de la supresión de las Ordenes laicales y hospitalarias; la expulsión de los padres de la Compañia de Jesús; la reduccion de las casas ó edificios religiosos trasladándose algunas de las comunidades de los que ocupaban antiguamente á los que desocupaban las corporaciones suprimidas; la inquietud general, precursora de la revolucion de independenciam, que tanto llegó á preocupar los ánimos, y tantas y tantas vicisitudes á que desde entonces quedó sometida la sociedad religiosa, la Parroquia de Zacatecas, quedando como olvidada, tenía que seguir el impulso de las circunstancias, sin que se tenga noticia de haber ocurrido cosa notable en más de un siglo, como no sea la segunda dedicación que de aquel templo se hizo 88 años y seis meses después de la primera, la que, como ya se ha dicho, se verificó el día 15 de Agosto de 1752.

Tengo á la vista un libro de cerca de ciento cincuenta páginas, encuadrado en pergamino, y cuyo título es: *Breve descripción del Templo, ó Iglesia Parroquial mayor de la muy noble y leal ciudad de Nuestra Señora de los Zacatecas, y sucinta relación de las fiestas con que se*

solemnizó su Dedicación, por el Bachiller D. Gabriel Miqueo, Colegial que fué del Real y más antiguo de S. Ildefonso de México, Cura interino del Real de Minas de Pánuco, actual Director de la Santa Escuela de Cristo y Teniente-Cura de dicha Ciudad. Sácanla á luz los dos nobles caballeros D. Juan Montañó y D. Antonio Saenz de la Escalera, actuales mayordomos de la ilustre Minería, y la consagran al Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Francisco de S. Buenaventura Martínez de Tejada, Dignísimo Obispo de Yucatán, electo, y Gobernador de Guadaluajara, del Consejo de S. M. etc.—Con licencia en México; en la imprenta del sobredicho Colegio de S. Ildefonso, año de 1753. De este libro vamos á tomar la siguiente:

Relación de las regocijadas demostraciones con que manifestaron, no solo los singulares júbilos, si también los generosos alientos de sus magníficos corazones los nobles zacatecanos en la solemne Dedicación de su Iglesia Parroquial mayor.

Cumplido el tiempo, que con impacientes deseos esperaba fervorosa la devoción más acendrada, llegado el Lunes 14 de Agosto; haciendo á las tres de la tarde señal con solemne repique la Iglesia parroquial mayor, comenzó á juntarse en ella todo su ilustre y docto Clero, que se componía de treinta y seis eclesiásticos, cuyas prendas, literatura, compostura y modestia son el blanco de las comunes atenciones y alabanzas de esta ciudad. A las tres y media se repitió la misma señal, siendo la última á las cuatro, hora en que revestidos de sobrepelliz, capitaneando tan lucido escuadrón el estandarte de la Cruz, se encaminaron á la Iglesia, estrellado cielo del gran Padre Sto. Domingo de Guzmán, donde con su acostumbrada urbanidad salió á recibirles obsequiosa su comunidad sagrada.

Repartiose esta tarde, así por parte de la fábrica, como de la ilustre Minería, crecida cantidad de cera tan fina, que

podieran envidiar los nevados Alpes para lucidas galas sus blancuras. Comenzóse á ordenar la procesión, á la que dió tan vistoso como misterioso principio un lucido escuadrón de niños, que ricamente vestidos de ángeles, hacían obsequiosa compañía y debido homenaje á cuatro, que en sus hombros sustentaban el primer magnífico templo donde se concibió la Luz de la luz y salud de los hombres, la santa Casa de Loreto. Entre tan vistosa variedad lisonjeaban el oído las acordes consonancias de cinco violines, advirtiéndose en todos y cada uno de sus compases las dulzuras con que aun á las indomables fieras encantaba la cítara de Anfión; demostración con que manifestaron su regocijo los operarios de la rica mina de Loreto, una de las que se distinguieron por su generosidad en contribuir para la suntuosa fábrica de esta Iglesia.

Seguía á tan lucida escuadra la nobleza toda del Comercio y de la Minería, mostrando en sus ricos vestidos la abundancia de oro y plata, que obedientes les tributan las opulentas entrañas de esta bendita tierra. A estos precedía la Cruz, y á corto espacio se dejaba ver, acompañada de los más principales de su venerable Congregación, la Piedra fundamental de la Iglesia y Principe de los Apóstoles, S. Pedro, vestido de Capa magna, cuya cauda, como Abad de la misma Congregación, sustentaba en sus hombros el Lic. D. Antonio Cabrera, Comisario del Santo Tribunal, y Cura interino de esta ciudad. De aquí pasaba la admiración á registrar la bellísima imagen de María Señora de los Zacatecas, cuya singular hermosura daba á conocer, que era como resplandeciente aurora la celeste precursora del divino Sol, ó misteriosa nave que conducía el Pan Sacramentado á las tres naves de la nueva Iglesia, donde en tres riquísimas urnas ó sagrarios se venera.

Seguía el divinísimo Sacramento en manos del Dr. D. Pedro Ibarreta y Ribera, Colegial Real de oposición en el Real y más antiguo de S. Ildefonso de la ciudad de México;

Abogado de las reales audiencias de estos reinos; Examinador sinodal de este Obispado; Vicario *in capite* y Juez eclesiástico de esta ciudad: acompañábanle revestidos con dalmáticas de riquísima tela los bachilleres D. Juan Zesati del Castelu, y D. Pedro José del Clavo, tenientes de Cura en esta Parroquia; con ricas capas pluviales y pértigas de plata en las manos seis de los más antiguos del Clero, y á estos seguían las Sagradas Religiones con sus dignísimas cabezas, terminando tan magestuosa procesión el muy ilustre Ayuntamiento, que, representando la Real persona de nuestro católico Monarca, fué su mayor gloria servir como de paje al jurado Príncipe de las eternidades.

Dejose ver tan solemne pompa por la calle de Sto. Domingo, la de Tacuba y Plaza mayor de esta ciudad, á cuyos balcones, puertas y ventanas parecía se habían trasladado las floridas calles de los amenos deliciosos pensiles de Flora, según la vistosa variedad de doseles con que crecidas se engalanaban. Las torres todas, con lenguas de metal, convocaban aun á los más distantes, llamándolos con sonoro repique, que duró desde que salió la procesión de Sto. Domingo, hasta que en las aras del nuevo suntuoso templo se depositó el Pan de los ángeles.

Aun no pusieron aquí término á sus júbilos los invictos zacatecanos; pareciolos desde luego haría mas eco tan plausible función resonando en ella los bélicos estruendos de Marte, y así desahogó los incendios de su afecto el gremio de nunfleros (1) prendiendo un castillo de fuego con tan graciosas invenciones, que fueron bastantes á desterrar las zozobras, que con su estrépito pudieran causar al más prudente temor.

Luego que empezó á entrar el populoso concurso en la plaza mayor, dieron los cargadores principio á su demostración, recibéndolo con dos torreones de fuego adornados

(1) Fundidores ó afinadores.

de varias invenciones. Dieron distintas ruedas al aire para denotar en sus iluminados círculos, que era sin término su regocijo. No explicaron menos su gratitud los zapateros, pues cuasi á los umbrales del sagrado Panteón, que se dedicaba, consagraron en culto del Sacramento una máquina de fuego tan corpulenta, que solo puede medirse su magnitud y artificio, advirtiéndolo su duración por espacio de cuasi media hora, siendo objeto de la admiración una de sus proporciones; pues al ponerse á su frente lo principal de la procesión, despedía piezas con tal furia, que parecía haberse desatado las iras del Vulcano; mas engañó el arte al juicio, pues cuando entre zozobras las juzgaba abrasadores rayos de Júpiter, se desataron en argentados globos de plata y de oro, que liberales sobre todos sembraban relucientes hojas de estos metales.

La variedad y multitud de cohetes, con que se inundó la atmósfera, fué en tan crecida copia, que avergonzado Febo, parecía haber corrido negras cortinas á su luciente carro. Al entrar la procesión en la Iglesia se desataron en dulce armonía la trompetería, clarines, atambores y flautado mayor del órgano, al que entonando el *Te Deum laudamus*, acompañaron acordes voces. Puesto en el Tabernáculo el Divinísimo, comenzaron las Vísperas, que cantó la Religión sagrada del Serafin Francisco, acompañando el Clero, y terminó la función de esta primera tarde, abriéndose las puertas al pasmo para admirar los festines de la noche; y mientras esta llegaba, viendo no había tenido parte Apolo en esta tarde, dijo una Musa zacatecana:

*En tan plausible función
A tierra el cielo ha bajado,
Y suspenso se ha quedado
Mirando la procesión,
No cabe en él confusión
Que no la puede tener;*

*Por lo que he llegado á creer,
Que al ver con ojos mejores
Zacatecanos primores,
Digo: ya no hay más que ver.*

Sepultado Febo en urna de cristales, y ostentando de sus brillos los lucimientos en otro hemisferio, á las seis y media de la tarde comenzaron á avisar las campanas de la Parroquia mayor, á que hicieron eco las demás, se cerraba ya el breve paréntesis, que se había abierto á los regocijos, y comenzó á concurrir tan copioso número de gentes, que fuera confusión querer hacer aun un leve diseño de su multitud. Llegado el caso de tocar las Ave Marías, ya se hallaba iluminada la iglesia con crecido número de vistosos fanales, la plaza y las más de las calles de la ciudad con multiplicadas luminarias, tanto que, quitando aquí el lugar á toda exageración, pudo este zacatecano hemisferio con verdadero orgullo decir, era en sus luces con toda propiedad substituto del planeta que preside el día; y de esto mismo pudo gloriarse en las tres siguientes noches; pues en ninguna dejaron de lucir sus llamas.

Dadas las oraciones, se dió principio á las invenciones de fuego, que así de parte de la Iglesia como de la Minería fueron tan costosos, varios y lucidos, como agradables al gusto, para la más sazónada diversión. Principiaron seis abultadas granadas, que reventando con estrépito de militantes cañones, inundaban la plaza toda de diversidad de cohetes por el suelo, que entrándose por las gentes, éstas, para libertarse de sus incendios, en regocijados torbellinos armaban alegre divertida confusión de saltos y voces. Siguiéron tres sonajas, ó ruedas portuguesas, que componiéndose cada una de seis anillos, en cada uno lucía la variedad de luces, truenos, chicharras, y buscapiés disparados con singular artificio.

Acabadas estas, salió un toro de fuego con sus lidiado-

res, á los que gustosa seguía en sus escaramuzas mucha parte del concurso. Acabada la invención, llamó la atención el primoroso adorno de la torre, de la que descollaban dos mundos, que con encendidas lenguas publicaban aun ellos solos no ser bastantes para celebrar obra digna de los aplausos de todo el orbe, y como pronósticos de sus glorias se tendían dos lucidos gallardetes, que encendidas grimpolas pregonaban exceder este sagrado Panteón en sus primores á los más celebrados obeliscos de la tierra: invenciones que en el mismo orden se repitieron las dos siguientes noches. Puso fin á esta primera una elevada pila, en que después de enseñorearse de su compasada fábrica el arte y en su diversidad el primor, vertía de sus cañones el agua como fuego y el fuego como agua; ó lo que es lo mismo, las que eran por su diafanidad derretidos cristales, parecían en sus estruendos encendidos vesubios. Las dos siguientes noches acabaron con castillos tan desemejantes en su artificio, que siempre halló nueva lisonja la diversión.

Amaneció el día, Martes 15 de la Asunción gloriosa de María, si es que se ausentó de nosotros; pues parece no tuvo en la noche dominio sobre los mortales el somnoliento cetro de Morfeo, impedido de los generosos sombrereros, que con diversos artificios de luz desterraron el imperio de las tinieblas; y acompañados de atambores, clarín y otros instrumentos músicos, no consintieron se sujetara esta ciudad, en tiempo de tanta gloria, al yugo de este perezoso dios. A las nueve de la mañana se comenzó la función de Iglesia para la que habiendo precedido convite de los señores curas y mayordomos á las Religiones sagradas, aparecieron estas, para dar el lleno á tan magestuosa solemnidad, brillantes astros en el hermoso cielo de esta Iglesia, unas en las aras, y otras en el púlpito con ordenada alternativa. Cantó en este primero día la misa el Rev. P. Lector Fr. Nicolas de Bocanegra, Guardian actual del Convento grande de S. Francisco. Ocupó el púlpito el Rev. P. Fr. Nicolás Troncoso, ex-

Lector de Sagrada Teología, actual Prior y Vicario Provincial del Convento de Predicadores de Santa Cruz de esta ciudad; la asistencia, pues, fué tan magnífica y lucida, como compuesta del Clero, Sagradas familias, Ilustre Cabildo, nobleza, y tan crecido concurso de la plebe, que siendo tan opulenta del templo la amplitud, se llenaron sus tres naves, lo que sin novedad se admiró con universal alegría en los días siguientes. Acabada la función entraron por su orden en bien compasadas danzas los cuatro pueblos de S. José: Tlacuitlapan, la Concepción y el Niño á celebrar con sus connaturales bailes llenos de regocijo el hallarse ya fuera de estrechuras colocada la misteriosa Arca del Testamento; lo que por la tarde repitieron, y en los siguientes días.

En la tarde de este primero, acompañado de su Religión sagrada, cantó las Vísperas el Rev. P. Presentado Fr. Antonio Tamayo, de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced, actual Comendador del Convento de Nuestra Señora de los Remedios de esta ciudad, quien al siguiente cantó la Misa, y predicó el Rev. P. Lector y Predicador jubilado Fr. Tomás Franco, Prior actual del Convento de San Agustín. En este día cantaron las Vísperas los hijos del Abraham de la ley de gracia, Padre de la Caridad, consuelo de pobres y seguro asilo de desvalidos el Patriarca San Juan de Dios; el día siguiente, último de la celebridad, cantó la Misa el Rev. P. Fr. Bernardino Cabrera, Capellán de su Convento Hospital, y predicó el Rev. P. José de Utrera, Rector del Colegio de la S. Compañía de Jesús de esta Ciudad.

Todos los tres días se veía la devoción publicada en el magestuoso trono, que sobre fondo de riquísima porcelana de cotenses dorados, que cubrían el fondo ó frontis donde ha de colocarse el colateral mayor, se levantaba en siete gradas de la misma materia, en cuyas alas ó extremidades se adoraban los gloriosos campeones ó Patriarcas de las Sagradas Religiones, acompañadas de ángeles ricamente

vestidos, en este orden. Al lado del Evangelio, San Ignacio de Loyola; en la siguiente grada un angel con las insignias de la Compañía; seguían por la misma ala San Agustín y Santo Domingo con sus ángeles. Y con el mismo orden por el lado de la Epístola, San Juan de Dios, Pedro Nolasco y San Francisco de Asís con sus ángeles, rematando tan vistosos aleros en la grada de abajo, cuyas extremidades ocupaban la Señora de los Zacatecas sobre una riquísima azucena de plata de martillo, de una vara y tercia de alto, y al otro lado mi gran Padre y Señor San Pedro. En el medio del trono, desde la segunda hasta la cuarta grada, se colocaba una urna, ó tabernáculo de plata de martillo, tan magestuosa y pulida, como Arca donde se depositaba el Maná Sacramentado. En la séptima y última grada se suspendía sobre una primorosamente fingida nube, que descendía por todo el trono, sirviendo de escabel á los ángeles y patriarcas, la imágen de la Asunción de María, titular de esta Iglesia, hollando dentro de la nube con sus sagradas plantas varios ángeles y querubines, y serviale de cortina ó espaldar un baldoquín de plata de martillo con el ancho correspondiente.

En éste, pues, tan majestuoso altar, decía yo, se vió en los tres días de la solemnidad publicada la liberalidad y devoción por ciento y veinte y dos bujías finísimas, acompañadas de ocho hadas, que á las orillas del presbiterio en otros tantos dorados hacheros y primorosamente fabricados, se levantaban, divisándose entre sus huecos y sobre pedestales de la misma estructura los ciriales, y cuatro jarrones coronados de macetas de flores artificiales; pero tan vivas, que remedaban los deliciosos abriles de una florida primavera. Desprendiase de la clave del arco toral una, sino cuantiosa, primorosa lámpara, y á sus lados dos mecheros sustentando en el aire cuarenta y ocho luces, que con las demás hacían reverente homenaje al Divinísimo, que estaba patente y comunicando á todos los inagotables raudales de

sus finezas en el plenísimo jubileo de 40 horas, que nuevamente concedió, por término de quince años, para este solemne triduo de la Minería, la Santidad del Sr. Benedicto XIV, no cesando los instrumentos músicos, que con dulces consonancias y acordes melodías alentaban en todas las horas del día la devoción de los que acompañaban el epílogo y compendio de las maravillas del Todopoderoso.

El día jueves, diez y siete y último de la celebridad, para depositar el Divinísimo á las cinco y media de la tarde, se ordenó dentro del suntuoso templo una solemne procesión, á la que por corona asistió el Dr. D. Manuel Colón y Larrotégui, Cura beneficiado de la Villa de Aguascalientes, su Vicario Juez Eclesiástico, Examinador sinodal de este Obispado, y Abogado de la Real Audiencia de México, llevando en sus manos el Sacramento, como tan interesado por su crecido afecto en las glorias de esta Iglesia: acompañóle todo el Clero y, con reverente asistencia, la mayor parte de la nobleza, haciendo laterales al guión del Santísimo con pértigas de plata en las manos, los dos principales jefes de estas plausibles funciones, los dos ilustres, nobles y generosos caballeros D. Juan Montaña y D. Antonio de la Escalera, actuales Mayordomos de la Minería.

Mientras santificaba con su soberana presencia el Dios Sacramentado todo el circuito de su nuevo templo, se quemaron á sus puertas varias invenciones de fuego, á las amorosas expensas de los puesteros, que nuevamente despertaron el regocijo, terminando esta noche tan magnífica solemnidad: siendo esta entre todas sino la más costosa, al menos sí para la vista la más agradable; pues después de su toro, castillo y varias invenciones de mano, iluminaron toda la plaza con lucidos faroles, y desconcertadas luminarias, cuyo desorden por sus posiciones hacía deliciosa la variedad, con la que tuvieron fin las festivas pompas, magníficos aparatos, y costosas demostraciones de esta siempre opulenta, generosa ciudad zacatecana.

Y aunque en su debido lugar había extrañado la curiosidad ambiciosa la narración del modo con que expresaron de sus ánimos los garbos, y de sus cariños lo acrisolado los demás gremios, fué solo por dar aquí en breve la noticia. El día primero, á las cuatro de la tarde, aparecieron los carpinteros, con tanta variedad en sus vestidos, cuanta se necesitaba para representar siete naciones, que consus monarcas tributaban reverentes adoraciones á María en un templo portátil, que presidía toda la escuadra; y llegando á los lugares para ello destinados, saliendo á su lonja ó cementerio al compás de sonora música un hermoso joven ricamente vestido, opacando de Talía las dulzuras, y de Hipocrene los conceptos, probó las importancias para Dios, para los hombres y para el templo mismo en su dedicación.

El día segundo á las mismas horas se dejaron ver los barberos, vestidos á la judaica, y tres mancebos, que altercadas métricas porfias, decantaban del templo las glorias. Tras estos y á poco espacio de tiempo venía un lucido ejército, que en animados brutos, ricamente enjaezados, caballeros en ellos hacían, dando plumas al aire, y con vestidos militares, retaguardia al Pendón ó Estandarte de MARÍA, que el superior ó Mayordomo de los herreros tremola en sus manos. Venía en medio un hermoso niño vestido á la romana, que haciendo gallarda competencia á la arrogancia, energía y propiedad del tebano, en varias cadenciosas octavas describiendo del templo la hermosura, probó debérsele su sólida pulida construcción á los celosos afanes del Sr. Lic. D. José Ribera Villalobos, Rector que fué del Real y Pontificio colegio de Señor San José en la ciudad de Guadalajara; Examinador sinodal de este Obispado, Cura Rector más antiguo en propiedad de esta ciudad. Aquí temía llegar el respeto por no causarle con sus alabanzas, tan merecidas, sonrojo á su notoria modestia; pero calló remitiendo al curioso al fin del sermón tercero de esta obra, donde las

cantó el sonoro cisne, que ha bebido en la castalia del mejor Parnaso de las ciencias,—la Sagrada Compañía de Jesús,—las ricas caudalosas aguas de su exquisita sabiduría.

Llegó el tercero día, y á las mismas horas que los anteriores, comenzó á surcar substitutas de los cristales encrespadas ondas de plata una primorosa nave, siendo tripulada por el lucido gremio de los sastres, ataviándose sus individuos á la romana con variedad tan copiosa de encajes, que juzgó el más acertado juicio se habian mudado á esta ciudad todos los primores de la Holanda. Registrábanse de esta nave en los principales palos, es á saber, el mayor, trinquete, beauprés y mesana, varias insignias pregoneras del triunfo. Coronaba la cima de la popa una pulida concha que formaba gracioso relicario á una imagen de la Concepción purísima de María, á quien como á su patrona adora este gremio, y en el frontis de la misma popa el siguiente:

SONETO.

De la Iglesia los triunfos eminentes
Van por ondas de plata navegando
En la nave, que llevan gobernando
Los sastres, hechos nautos reverentes.

Es el mar Zacatecas, cuyas gentes,
Su generosidad manifestando,
A la nave enriquecen, colocando
En su adorno riquezas diferentes.

Su liberalidad es manifiesta:
Pues olvidando el gremio las *medidas*,
No las ha usado en tan plausible fiesta.

En el mar sus agujas divertidas
Rigen la nave, pregonando en este
Glorias al nuevo templo muy debidas.

A la borda de la proa salieron á su tiempo dos jóvenes, vestidos también á la romana, cantando y probando en métricas cadencias las glorias de la nave de la Iglesia. Aquí pausaron las festivas aclamaciones esperando el deseado veinte y cinco de Agosto; é interín cantó una Musa:

Ya con gusto has admirado
El arte y primor prolijo,
Y el plausible regocijo
De este templo dedicado.
Si en júbilos anegado
Gozaban dulces contentos
Fin tuvieron: y así atentos
Todos deben advertir
Que á lo que se ha de seguir
Acompañaron lamentos.

Llegóse por último el deseado día veinte y cinco, en que á las cuatro de la tarde, con dolorosos clamores y tristes dobles, avisaron las torres de esta ciudad subía ya el ilustre Clero guiado de su cruz y presidido del Lic. D. Antonio Cabrera, Cura interino, que llevaba la Capa, á la falda del cerro llamado la Bufa, á conducir multitud de descuartados cadáveres, que yacían desde el año de treinta y siete sepultados á espaldas de la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced. Concurrió multitud de gente, que inundando los aires, unos de sentidas quejas, otros de enternecidos sollozos y dolorosas lágrimas, acordaban el funesto lamentable estrago, que en sus parientes y amigos y conocidos había ejecutado la encendida universal peste, que en este año cortó el estahambre de la vida á tantos como fueron funestos despojos de la inexorable parca.

Depositábase en la dicha Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, sobre una mesa, una caja ó ataud con parte de los huesos; y llgando en procesión el Clero, se eutonó con lúgubre solemnidad el responso y se ordenó para la parroquial la procesión fúnebre, haciendo en el distrito cinco